



Leyendas y tradiciones populares de Cieza

Francisco J. Salmerón Giménez

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS FRAY PASQUAL SALMERÓN

Resumen:

El artículo recoge las leyendas y las tradiciones populares de Cieza, tanto las que se han conservado como las que se han perdido, incluso de la memoria de las gentes, realizando un breve estudio basado en la descripción, el análisis y la contextualización de cada una de ellas.

Palabras clave:

Cieza, leyendas, tradiciones populares.

Legends and popular traditions of Cieza

Abstract:

The article gathers the legends and popular traditions of Cieza, both those that have been preserved and those that have been lost, including the memory of the people, carrying out a brief study based on the description, analysis and contextualization of each of them.

Keywords:

Cieza, legends, popular traditions.

1. Leyendas

Cuando era un niño, unos chicos mayores me dieron, nos dieron mientras jugábamos, una gran noticia: arriba, en la Atalaya, ese farallón que parece mirar continuamente a los ciezanos desde su imponente altura, habían escondidas unas espadas maravillosas; más que escondidas estaban incrustadas en el suelo, en las rocas. Quienes las consiguieran serían invencibles, luego era lógico desear poseerlas, subir hasta la altura y recogerlas.

Esa historia tenía tal fuerza de evocación que nunca la he olvidado. Aunque con los años supiera que la historia era irreal, su fuerza mantuvo aquella leyenda viva en mi recuerdo. Una leyenda que mucho después supe que no era exclusiva de Cieza, como tantas otras. Pascuala Morote Magán, investigadora de la que volveremos a hablar, la recoge entre otras en la recopilación de leyendas que realiza, advirtiéndonos de que desde el instante de ser narradas se constituyen en una estructura permanente que

facilita los modos de pensar en el interior de una relación precisa entre individuo y lenguaje. Es decir, crean unas formas de pensamiento que hacen explícitas las palabras de los narradores.¹

Así es como yo guardé aquella leyenda en mi recuerdo, recordando de paso el niño que fui.

Aunque el caso de Cieza era y es especial pues contamos con la existencia de la Atalaya, convertida en muchos momentos en una montaña mágica. Escribió mi hermano Jesús Salmerón su relación con ella en sus primeros años, y prefiero dejarle a él la palabra:²

“A otro lado del río, la huerta se empina hasta alcanzar el monte que faldea la Atalaya, la mole rocosa que, vertical y poderosa, se irgue sobre el valle. Y allá iba yo, monte arriba, en perpetua búsqueda de aventuras: primero alcanzaba el casón del Tío Perico, antaño venta troglodita, hasta llegar al cerro del Castillo, al que da nombre la edificación que lo corona: un castillo de origen musulmán, que fue reutilizado posteriormente por los cristianos; aunque de

(1) MOROTE MAGÁN, “Las leyendas...”, pp. 391-400.

(2) SALMERÓN GIMÉNEZ, *El hijo del hombre...*



Cieza en 1895. Archivo del autor

aquél solo queda un triste lienzo de muralla y una torre semiderruida. Bajo el castillo, en su ladera, se halla el poblado islámico de Siyasa que, por aquel entonces, descansaba todavía ignoto bajo tierra. Las leyendas que había escuchado sobre él parecían ulular en el arrastre del viento, y mi corazón se sobrecogía cuando pasaba por la cueva del Lobo, muy próxima a aquellas paredes derrumbadas. Esta cueva tiene una entrada semioculta entre las rocas, y se desciende a su interior por un estrecho pasadizo que luego se abre de golpe a la bóveda celeste, dejando a la izquierda un inmenso precipicio que parece llegar hasta el fondo del valle, y a la derecha una pared rocosa, casi vertical. El angosto sendero, entre la pared y el vacío, que conduce hasta la salida, al otro lado de la cueva, yo lo recorría siempre con el corazón en un puño, o con los latidos desbocados, pero sin volver la vista atrás, sin arredrarme ante aquel, así me lo parecía a mí, descomunal desafío.

Como pasa con todos los castillos, existía una leyenda a su alrededor sobre tesoros enterrados: la Reina Mora había dejado, bien escondido, en algún sitio de aquellos montes, un fabuloso tesoro con la peregrina intención de rescatarlo en un futuro que nunca llegó. En algún lugar de aquellos parajes, bajo la tierra arcillosa, se encontraba oculto desde remotos tiempos,

esperando ser descubierto (alguien, se contaba acreciendo la leyenda, había hallado algunas monedas, restos de cerámica e incluso una pieza de oro..., pero eran solo restos, pistas, piezas de un puzzle, migajas que deberían de conducir al inhumado y legendario tesoro). ¿Sería yo el afortunado descubridor?, me preguntaba saltando los matorrales. Con afán detectivesco me ponía con tesón a su búsqueda, pero todo lo más que descubrí, dicha sea la verdad, fueron las entradas cegadas de los pasadizos, que conducían, subterráneamente, desde el castillo al río...”

En este relato aparecen otras dos leyendas que en Cieza se conservaban. La primera es la del tesoro escondido, una leyenda muy extendida por los pueblos españoles, cuyo significado hay que buscar en el valor que esa población tiene. Puede que no lo veamos a simple vista, porque parezca tan pobre como los habitantes que la pueblan, pero tiene escondido un tesoro que la hace inmensamente rica. Algún día se encontrará y ofrecerá a la vista de todos el valor de ese pueblo. En este caso, Cieza guardaba bajo el castillo ese gran tesoro.

Porque la mayoría de los temas legendarios recogidos por quienes se han ocupado de tan interesante labor, como Manuel Amezcua, se refieren a la historia de los pueblos, de los castillos, ruinas, fuentes o cuevas. Narraciones



en muchos casos fantásticas, pero que gozan de gran credulidad entre la gente, ya que intentan explicar el origen de las cosas, de los fenómenos naturales. Para este tipo de leyenda, la leyenda histórica, el monumento natural o el establecido por el hombre le sirve, en cierto modo, de jalón mnemotécnico. En otros casos se trata también de hechos históricos que por haberse transmitido verbalmente a través de las generaciones, han sufrido una serie de transformaciones y se han adornado con incidentes maravillosos tomados de otras tradiciones.³

A través de la leyenda nos introducimos en los dominios de una historia que si unas veces puede estar anclada en lo real, la mayor parte de las veces se escapa de la realidad, introduciéndonos en lo maravilloso, lo fantástico, lo extraordinario...

Así, la existencia de la cueva que pondría en comunicación nuestro castillo con el río a través de una cavidad oculta y secreta que permitiría a sus ocupantes descender sin peligro a recoger agua del Segura formaría parte de las leyendas históricas ciezananas, en parte original y relacionada con las fuentes y con el agua. Algunos de sus componentes son claramente fantasiosos, como la necesidad de un pasadizo subterráneo, además de objetivamente innecesarios, pues olvida los almacenamientos de agua existentes, ya que comúnmente se les conocía como los baños de la reina, ocupando en la imaginación popular un uso más suntuoso y menos práctico, y olvida el agua que brotaba en el barranco de San Pablo, que permitió la ocupación durante mucho tiempo de la conocida como ermitica del Santo.

Relacionada con las fuentes de Cieza, conocemos la leyenda del caballero don Bernardo del Carpio, un general sobre quien cayó un encantamiento divino que, junto a cuatrocientos soldados, lo mantiene cautivo y atormentado en la cueva de los Encantados, de la cual solamente puede salir junto con su ejército en la noche de San Juan, acompañado con una banda de trompetas y tambores que se oye por toda la sierra, pudiendo apreciarse las sombras de aquel ejército que regresa a la cueva con los primeros rayos de luz del amanecer. Concluye la leyenda relatando que sólo quienes esa noche vean una gran señal en el cielo, en las cercanías de la cueva, podrán ser testigos de lo que allí acontece

El texto que la recoge es de Pepe Martínez Saorín y la cueva es una abertura natural en la ladera del Picarcho, de unos cinco metros de diámetro y siete de profundidad en su entrada, presidida por una higuera; por ello ya en el siglo XVI existen testimonios de la misma, con la denominación de “Cueva de la Higuera”, aunque cuando el tiempo y la leyenda se apoderaron de la misma pasó a denominarse “La Cueva de los Encantados”.

Podemos encontrar otras narraciones de la misma leyenda, lo cual constituye una de las características de esta, destinada a ser contada por hombres y mujeres distintos en momentos distintos, por lo que Pascuala Morote le da el calificativo de “proteica”, ya que como Prometeo tiene la facultad de cambiar a su antojo. Y como propia de la literatura de tradición oral puede soportar sin problemas confusiones léxicas o anacronismos.

En muchos casos la preocupación por entender lo que se desconoce dio lugar a relatos breves, como el que tiene que ver con las manchas de la luna: se contaba que representaba a un hombre montado en un burro que llevaba sobre su espalda un haz de leña y al que la luna se tragó, cansada por las amenazas y las maldiciones de este. La autora citada alude a que de la leyenda surgió una retahíla infantil que muchos niños, para alardear de valientes en las noches iluminadas por la luna llena, recitaban en pueblos como Caravaca, Cieza o Jumilla:

*“Luna, lunera,
cascabelera,
baja y trágame”*

Y desde un lugar tan alto como la luna debió descender la “Chinica del Argaz” en uno de los lugares más pintorescos de nuestro entorno natural. El “Argaz” es uno de los parajes típicos de la huerta tradicional de Cieza, que formó una pequeña pedanía rural extendida por la margen derecha del río hasta las faldas de la Atalaya y el Castillo y cerros, desde el Maripinar hasta el barranco de San Pablo, cerca de El Menjú, con su población diseminada a lo largo de su territorio, trabajando unas tierras que serían las huertas de Siyasa antes del traslado al otro lado del río, allá por el siglo XIII, regadas por las acequias conocidas hoy como Don Gonzalo y Andelma. Hasta

(3) AMEZCUA, “Leyendas del tesoro....”.



que se construyó el “Puente de Alambre” a mediados del siglo XIX (que en su origen se llamó Puente del Argaz) el acceso era a través de una barca de madera por el vado que hay más abajo.

Señala María Dolores González Castex, de quien tomo lo fundamental relativo a esta leyenda, que hemos de clasificar dentro de las explicativas de accidentes geográficos, que todo agrupamiento estable termina por crear sus propias señas de identidad, dando nombre a los caminos, a los rincones, a los barrancos. En el caso del Argaz, el elemento singular que predominó fue una zona de rocas desprendidas de la montaña, y en especial una de un tamaño espectacular, al otro lado de la acequia, que irónicamente se bautizó como “La Chinica”, reforzando con el diminutivo su apodo, convirtiéndose en símbolo del paraje, en un monumento tribal de la pequeña comunidad de campesinos que continuó poblando el lugar y quienes explicaron su presencia en el hecho de que allí están sepultados un labrador y una carreta de bueyes, a los que cogió desprevenidos un derrumbamiento, quizás como metáfora del peligro de desprendimientos de la zona. De alguna manera la gran piedra, de no muy fácil acceso, tiene un cierto carácter solemne y misterioso.

Las leyendas han servido en muchas ocasiones para que un hecho histórico importante quedara fijado en la memoria colectiva, en unos tiempos en los que la población, casi al completo, no tenía acceso a la lectura y a la escritura y en los que el propio tiempo no tenía una proyección lineal, no era entendido como un todo histórico, sino como un tiempo social estanco en el que el presente es absorbido por lo pretérito formando una masa que parece mantenerse eterna.⁴

Y uno de los acontecimientos históricos más importantes de la ciudad, el más dramático sin duda, tuvo lugar debido a la falta de elementos defensivos, destruidos en las luchas civiles que tuvieron lugar tras la ocupación castellana de la zona, hecho que dejaría a la villa en una posición de frontera con el reino nazarí y sin ventajas defensivas que oponer a una posible razzia o invasión.

Como la que se produjo en abril de 1477 cuando tropas nazaríes llegaron hasta Cieza, ro-

bando, matando y haciendo rehenes con los que conseguir rescates. Tan impactante acontecimiento era necesario mantenerlo en el recuerdo y para transmitirlo el relato aceptado adoptó la forma de una leyenda en la que junto a elementos reales se introdujo con los años un elemento de carácter extraordinario, pues cuenta la conocida como “leyenda de la muda” que cuando todos los ciezanos se encontraban reunidos en misa por ser domingo de resurrección, quedando al margen sólo una mujer muda, que por esa condición estaba fuera, esta se percató de la presencia de las tropas enemigas al otro lado del Segura y comprobando que sus paisanos no entendían los signos que realizaba con las manos, gritó de modo milagroso anunciando el peligro: “moros vienen” logró decir en alto para avisar a todos del peligro en el que se encontraban.

Estos acontecimientos, convertidos por los ciezanos en leyenda, darían lugar a una de las tradiciones populares de las que luego nos ocuparemos, la conocida como procesión de las antorchas.

Otra historia dramática ocurrida en Cieza en 1902, en la calle Cartas de la población, tuvo igualmente el impacto suficiente para pasar a constituirse en leyenda, con la difuminación de los elementos reales propios de la misma, a pesar de que en esta ocasión la prensa local y regional siguió el proceso de una forma exhaustiva. Quizás porque en esa fecha todavía tres cuartas partes de la población ciezana seguía sin tener acceso a la lecto-escritura.

En la noche del 25 de enero de 1902 se conoció un espantoso crimen acaecido en una vivienda de la calle Presbítero Marco, conocida como calle Cartas, del que fueron víctimas una mujer, propietaria de la casa donde los hechos tuvieron lugar, la cual fue atrocemente asesinada y su hijo de dos años de edad que resultó gravemente herido y de cuyas lesiones fallecería días después. Posiblemente la mujer se encontrara agachada sobre el fuego realizando la cena y cayera directamente sobre las llamas, mientras su hijo llorara ante tamaña escena y sufriera otro golpe en la cabeza, puede que con el mismo objeto. Los autores del crimen formaban una banda de maleantes encabezada por un extraño personaje que respondía al alias de *Encarnación*

(4) Véase FLORES ARROYUELO, *El ocaso...*



Pascual. La prensa, tanto regional como local, trataron profusamente el tema y La Verdad publicó en la sección “La Murcia que no vemos” un artículo titulado “Encarnación es hombre...! Pero también mujer!”. Porque María Encarnación Buitrago, este era su verdadero nombre, había planteado dudas en el momento de su nacimiento sobre su sexo, aunque se la consideró como niña. Posteriormente su aspecto se fue masculinizando por lo que adquirió el alias de *Encarnación Pascual* con el que alcanzó funesta fama y con el que moriría en la cárcel de Murcia al año siguiente. Sus secuaces serían condenados a muerte en un juicio que la presión realizada por la población local consiguió que tuviera lugar en la propia Cieza. Aunque recibirían después el indulto y su pena cambiaría por la de cadena perpetua.

Antonio Ballesteros Baldrich, de cuyo estudio me he valido para desarrollar los hechos relativos al doble crimen, comenta su gran impacto emocional sobre la población de la época y cómo, con el paso de los años, los hechos se fueron rodeando de otros elementos que los fueron difuminando, alterando los hechos reales mientras la tradición oral lo mantenía, combinándolo con invenciones fantásticas. Como que el chiquillo fue “estrellado” contra unos tinajeros causándole la muerte inmediata, cuando ya se ha visto que la criatura fue asesinada como su madre por un golpe en la cabeza. La más escabrosa, si cabe, es la referida al posible ultraje que padece el cadáver de la mujer quien, según la tradición oral, recibió el aceite hirviendo arrojado sobre su cara una vez perpetrado el crimen... aunque ya hemos visto que sus quemaduras se ocasionaron por la caída fortuita sobre las brasas de la cocina. También la leyenda cuenta que su rostro fue cubierto con un pañuelo, lo que no se especifica en el desarrollo de los hechos, aunque si apareció un pañuelo en el lugar, en las escaleras que subían al piso, lo que justificaría el origen de este añadido popular. Y la atribución a la mujer de la calidad de propietaria de una tienda de venta de aceite a granel y el hecho casual de que una imaginada niña llamada Lucía, que al ir a comprar aceite en esa casa descubriría el crimen, ofreciendo además una descripción dantesca de la imagen que pasaría al legendario relato de los hechos.

Con la leyenda se cantaban en Cieza unas coplillas populares que resaltaban el valor del relato:

ENTRE MALENO Y CARRERAS
Y LA ENCARNACIÓN PASCUAL
MATARON A LA PIEDAICA
SIN CUCHILLO NI PUÑAL.

EL MALENO LA TENÍA
Y CARRERAS LA TIRABA
Y LA ENCARNACION PASCUAL
AL MUCHACHO LO ESTRELLABA.

¿Será la de la Encarnación Pascual la última leyenda creada en Cieza? Es muy probable que sea así dado que la alfabetización de la sociedad, culminada en los años 70 del pasado siglo, parece ir en contra, como hemos comentado, de la creación de estos relatos en los se mezclan los hechos realmente ocurridos con añadidos fantásticos en una simbiosis tan perfecta que hace difícil su separación.

2. Tradiciones populares

El término tradición tiene que ver con la transmisión de costumbres que hace una generación a otra, haciendo que se conserven en determinados casos para hacer entrega a la siguiente. Podemos definirla como el conjunto de bienes culturales que se transmite de generación en generación dentro de una comunidad. Se trata de aquellas costumbres y manifestaciones que cada sociedad considera valiosas y las mantiene para que sean aprendidas por las nuevas generaciones, como parte indispensable del legado cultural.

Tradiciones que han pasado por unas generaciones para quienes, según los trabajos de Flores Arroyuelo que ya hemos comentado, la percepción del tiempo es distinta de la nuestra, formando un todo continuo.

Hagamos a continuación un repaso a algunas de las tradiciones populares que han perdido en Cieza y que nos ha sido posible conocer.

La Procesión de las antorchas

En la noche de difuntos, durante mucho tiempo, los ciezanos recorrían el trayecto existente entre las dos iglesias, la Iglesia Nueva y la Iglesia Vieja en una imponente procesión con la que se intentaba mantener en el recuerdo todos los años a aquellos que murieron en el saqueo e incendio de la villa por parte de los musulmanes granadinos el día 7 de abril de 1477, tras la *razzia* comentada.



En la *descripción y relación de la villa de Cieza*⁵ realizada en el año 1579 a instancias de Felipe II se describe con algún detalle esta tradición después de señalar que en el momento de los hechos que se conmemoraban la iglesia se encontraba “en la plaza mayor de la dicha fortaleza que decían el castillo que está entre la muralla principal y contra muralla y cara de la dicha fortaleza”. Según esta *descripción* “*ansi el día de los difuntos se va en procesión desde la iglesia nueva que de presente hay en esta villa hasta el dicho cortijo e iglesia vieja y se dicen muchos responsos y se hacen grandes ofrendas por las almas que allí y en el dicho cautiverio murieron*”

El recuerdo de sus paisanos muertos en el enfrentamiento y también de aquellos trasladados a Granada a la espera de que sus familiares pudieran reunir un rescate, les hizo construir esta tradición que el tiempo se ocupó de borrar como sucede con frecuencia en Cieza, aunque desconozco hasta cuando estuvo realizándose. La tradición fue recuperada por el colectivo Cauce en el año 1999.

Tradiciones religiosas

La celebración de determinadas fechas coincidentes con el recordatorio de algunos santos formaba un calendario rural en el que todo estaba determinado: el espacio y el tiempo, mediante formas de religiosidad campesina en las que, a decir de Flores Arroyuelo, pervivían conceptos forjados por las sociedades paganas que les precedieron referidos a la fijación del calendario establecido con cierta relación a manifestaciones astronómicas. El hombre rural, desde una profunda concepción de la religión natural, después cristianizada, ha sentido la presencia de lo divino, de lo sobrenatural, en la naturaleza que le rodea.

Así, el caso de tradiciones que tienen que ver con la religión católica es abundante en Cieza. Ramón Capdevila Marín cita una serie de ejemplos que habían tenido una determinada pervivencia pero que ya no existían en los años 20 del siglo pasado:

¿Quién ha llegado a conocer,
ni siquiera por tradición, entre los

ciezanos de la generación actual las fiestas antiguas votadas por la Villa, además de las que la Iglesia ordenaba guardar, y que eran: las de San Agustín, San Antonio, San Martín, Sta. Quiteria y Sta. Bárbara? ¿Qué resta de la devoción de nuestros padres a San Sebastián ni de su antigua ermita? ¿Qué queda del devocionario viejo denominado el Calvario? ¿Qué se ha hecho de la piadosa costumbre de poner todos los años sobre el alto de la Atalaya una bandera, hecha con tela depositada en un monumento de Semana Santa?

Muchas de las fiestas que se celebraban tenían que ver con un importante acontecimiento en los modos de vida de los componentes de esta sociedad rural. En el caso de san Martín (11 de noviembre) coincidía con el comienzo de las matanzas domésticas de los cerdos.

La Feria

En el caso de la elección de san Bartolomé como patrono de Cieza es posible que se tuvieran en cuenta la capacidad atribuida a este para combatir las tormentas y salvar así las cosechas de los temerosos agricultores.

A partir de esa fecha, la del día de advocación de su patrono en el santoral católico, se celebraban en Cieza los dos o tres únicos días de fiesta, con su correspondiente asueto, que podían disfrutar el común de los ciezanos. Además, era costumbre parar las faenas agrícolas el día de la Asunción. Y en Navidades se organizaban bailes para celebrar *las pascuas*, donde se cantaba, se bailaba y se hacían juegos, según recuerda Guillermo el del Madroñal.⁶

Durante los días de feria, las gentes del campo, la mayoría de la población ciezana, venían al casco urbano a disfrutar de la fiesta, con lo que toda la población compartía un mismo espacio en estas fechas, como reflejaba en 1892 un periódico local.

“Todo va terminando. Ya sólo nos quedan algunos ecos dulces de lo que pasó. ¡Qué días aquéllos! ex-

(5) CEBRIÁN ABELLÁN y CANO VALERO, *Relaciones topográficas...*, pp. 101 y ss.

(6) GÓMEZ CAMACHO, “Mozos y labradores”, pp. 177 y ss.



claman los desocupados de oficio, presos ya del más insidioso fastidio ¿Qué hacer para entretener nuestros ocios...? El labriego que dando tregua por unos días a sus rudas e ingratas tareas se había engolfado en las fiestas, vuelve de nuevo a sus faenas con un vacío comparable sólo al que experimenta el bolsillo; las garbosas lugareñas el tipo clásico del moño, guardan de nuevo el vistoso pañuelo y el airoso “zagalajo” que en las fiestas lucieron; la “crema” piensa y pone en tortura su ingenio para buscar nuevas distracciones con que poder practicar “il doce farnienie” de los italianos; el viejo, el que ha visto impávido deslizarse ante su vista 60 o 70 fiestas iguales de ese... no hablemos pues todo le molesta”.

Desde muy antiguo esta fiesta estuvo reglamentada. Con anterioridad a 1713, los *festejos y regocijos populares* con motivo de la festividad del patrono, san Bartolomé, eran organizados por las personas más relevantes desde un punto de vista social y económico, algo que realizaban sin un modelo de organización coherente y estable. Será ese año de 1713 cuando se funde la Mayordomía de San Bartolomé.

Tal creación constituyó un intento de organización original y sistemática de las fiestas. En un principio cuarenta y una personas inscribían sus nombres en una cédula de papel, introduciéndolas en un cantarillo de barro que se custodiaba en el Arca del Archivo, situado en las Salas Capitulares contiguas a la Iglesia del patrón. La mano inocente de un niño extraía al azar cuatro de las cédulas, papeletas les llamaríamos hoy, que contenía el citado Cantarillo, después de haber sido volteado. Los Mayordomos elegidos de esta forma se encargaban de costear y organizar las fiestas del año siguiente.

La ceremonia se celebraba todos los años el día 23 de agosto como colofón a los festejos de ese año, realizando la presentación de los que habían sido señalados por la suerte en el balcón de las Salas Capitulares ante los vecinos que aguardaban el resultado. Cada uno de los nombres era recibido con el lanzamiento de un coheite. Las fiestas habían acabado y la organización de las siguientes estaba en marcha.

Con la estructura referida, las fiestas se celebraban año tras año, siempre que una mala cosecha, una epidemia o una guerra no lo impidieran. En el Camino Real de Madrid tenían lugar los *regocijos públicos* que ya en el año 1746 se celebraban con música, siendo los principales un castillo de fuegos artificiales, una corrida de toros encomisada y “mogigangas”.

Después de la devastadora Guerra de Independencia contra las tropas francesas este esquema de funcionamiento quedó invalidado. Los mayordomos dejaron de ser elegidos y se transformaron en comisionados nombrados por las autoridades locales. Las fiestas entraron en un período de franca decadencia debido a la crisis económica que el paso de las tropas del mariscal Soult en septiembre de 1812 ocasionaron, y que fue percibida por la población durante un período de dos décadas, acompañada por epidemias que desaconsejaron la realización de actividades que conllevaran una aglomeración de personas, con el consiguiente peligro sanitario.

La situación varió en torno a la mitad del siglo XIX, cuando comenzó una nueva forma de organización; desde entonces se comisionaba al Primer Teniente de Alcalde para formar un grupo que cuida de la planificación de lo concerniente a las fiestas que ahora tenían una duración de tres días (24, 25 y 26 de agosto). Junto a las corridas siguieron destacando los fuegos artificiales, la función religiosa que se incluía el panegírico del Santo, así como la actuación de una orquesta. Las casetas de feria eran colocadas en la Glorieta, junto al convento franciscano, el punto desde donde se decidió continuar la Glorieta con un paseo público paralelo a la calle Libertad (Camino de Murcia), la nueva salida de la población, salvando así la peligrosa cuesta del Chorriello.

En 1765, se intentó desde el Ayuntamiento explicar el valimiento del santo:

“Agradecidos los vecinos de esta villa al Glorioso Apóstol San Bartolomé a quien veneran y dan culto por la especial protección que les favorece en todas sus tribulaciones, en los estragos que causan las nubes de piedra en los campos de las jurisdicciones convecinales, en las guerras...”

Y de hecho, ya en la respuesta dada a Felipe II en la “relación” a la que hemos aludido se señalaba que “... el Patrón de esta es el glorioso apóstol san Bartolomé, que, en habiendo tempestades, se saca su imagen en unas Andas y se ha visto cesar las di-



chas tempestades, mediante su intercesión”. Desde el 25 agosto de 1722, cuando la multitud que abarrotaba la plaza para celebrar su festividad vio como una nube muy negra venía por la parte norte como un torbellino que amenazaba con asolar los campos y la intercesión de san Bartolomé, cuya imagen sudó de forma sobrenatural según otra conocida leyenda ciezana, consiguiendo detener a la tormenta y salvar a la población, su popularidad creció entre todos ellos.⁷

El Carnaval

Una fiesta típicamente medieval que ha llegado a nosotros situada en unas fechas movibles del calendario, inmediatamente antes del tiempo cristiano de la Cuaresma, caracterizado por un recogimiento interno. En los países del Mediterráneo las fiestas paganas fueron quedándose reducidas a lo que se llamó las “cuarenta horas”, en las que el desorden, las mascaradas y la inversión en el más amplio de los sentidos, se mostraba dominante conllevando a su vez lo que puede verse como la afirmación de una conciencia colectiva que tenía mucho de reacción de autodefensa y de liberación de miedo a un castigo que se mostraba omnipresente. Pasó así a ser el núcleo en torno al cual fueron reconstruyéndose las más diversas formas de festejos públicos y populares, llegando a ser el símbolo y encarnación de la fiesta popular.

La alegría y la transgresión son los principales componentes de los carnavales murcianos. Porque en este tipo de fiestas la alegría se consigue generalmente mediante una transgresión de las normas sociales establecidas, algo que tiene mucho que ver con el concepto de libertad latente en las personas que conforman la sociedad, pues la máscara permite una permutación ya sea de sexo o de situación dentro del orden inamovible de la sociedad en fiestas. A veces esta transgresión toma formas que llegan a ser incluso violentas, pues era habitual el lanzamiento de objetos como huevos, monedas y piedras, costumbre que intentaron prohibir las autoridades municipales año tras año.

Y esta fue de las características del carnaval ciezano que durante siglos ha venido celebrándose con algunas peculiaridades singulares. Era costumbre, por ejemplo, el arrojar agua y otros objetos, como monedas y huevos, a las personas que transitaban por la calle “produciendo incomodidades y en ocasiones pependencias”, según recogen las actas



Carnaval de Cieza, 1900

capitulares. Para evitarlo en el año 1861 el Ayuntamiento concedió una subvención a un grupo de “artesanos” para la realización de una mascarada, “el Entierro de la Sardina”, con el fin de encauzar la celebración. Las bromas ciertamente pesadas que eran el centro del carnaval no se terminaron pero se abrió un modo nuevo de vivir el carnaval al que se acogieron una gran cantidad de ciezos, principalmente los jóvenes de las familias acomodadas. En el año 1888 sobresalió la comparsa del gremio de zapateros, dirigida por Juan Semitiel Rodríguez.

En cualquier caso, la broma pesada siguió acompañando al carnaval ciezano durante bastante tiempo. Así, cuando en el año 1892 se abrieron los salones de “La Amistad”, situada en la calle de Buitragos y los del Teatro “Juliá”, los asistentes tuvieron que hacer frente a la inveterada costumbre de arrojar objetos por parte de un buen número de participantes en la fiesta.⁸

(7) SALMERÓN GIMÉNEZ, “Educación, ocio...”, pp. 261 y ss.

(8) SALMERÓN GIMÉNEZ, “Educación, ocio...”



Las lumbres de san Antón

Es posible que se trate de una de las tradiciones más antiguas y, por ello, más arraigadas de las que se conservan en el Mediterráneo. En España se desarrolla en la tarde y noche del día 17 de enero en las regiones comprendidas entre Cataluña y Andalucía con unas mismas características comunes: el fuego que devora todo lo viejo para dar lo lugar a lo nuevo con un efecto purificador mientras la gente baila y ríe a su alrededor, confraternizando entre todos, en el comienzo de un nuevo ciclo de los trabajos agrícolas. La fiesta tenía, de algún modo perdura, connotaciones mágicas: en medio del frío del invierno se atisbaba ya el nuevo renacer que la primavera traería los campos. Mediante el ritual del fuego, que se levantaba allí donde hubiera animales, se creía conminar a la naturaleza para que el nuevo tiempo fuese favorable a estos y a las futuras cosechas.

Algunos consideran a las lumbres como una tradición religiosa y sitúan su llegada a la Península en el siglo XIII junto con los nuevos habitantes, influenciados por la devoción que a san Antonio Abad se le profesaba en Francia y Centro-Europa. Otros consideran, yo creo que con más acierto, que su origen se remonta a ritos paganos relacionados con el fuego y con los astros.

La mona

Si el invierno se encienden las lumbres, con la llegada de la primavera se realizaba “la mona”: un encuentro con la naturaleza que se celebraba por medio de una comida campestre y que hoy persiste muy desnaturalizada.

La salida al campo a comer y a encontrarse con la naturaleza renacida se realizaba entre varias familias y grupos de amigos, tras las fechas de la semana santa, en la pascua religiosa, como un formidable colofón a la cuaresma, tiempo triste de privaciones. La fiesta se desarrolla también por las regiones mediterráneas: en Cataluña, en Valencia y en Murcia con diferentes connotaciones locales, aunque en todos los lugares destaca “la mona”, un postre de gran tradición en todo el Mediterráneo y que en el caso de Cieza, como en otros lugares, tiene un huevo en el centro que da forma al pastel. Probablemente su nombre terminara dando nombre a la salida al campo con familiares y amigos.

En Cieza, ese *Domingo de Pascua* sale a la calle la última de las Procesiones de su Semana Santa, conocida como la Procesión del Resucitado y cuya principal característica es el carácter alegre y bullicioso del desfile, en el que los “Pasos” son portados a paso ligero y “bailados” durante toda la carrera, al son de alegres



Mona en familia, años 1960



composiciones musicales que hacen olvidar los tristes sonos de los días anteriores, congregando a miles de personas entre vecinos y visitantes.

Desde siempre he relacionado la peculiaridad de esa alegre procesión ciezana con “la mona” y con la alegría que depara el contemplar la tierra florecida, en especial la huerta.

La Cruz blanca

Por último mencionaré una tradición con componentes más locales y que ha desaparecido, incluso de la memoria de las gentes. Durante mucho tiempo, cuando la sequía habitual en esta zona geográfica persistía, se realizaban grandes procesiones de penitencia hasta la Cruz Blanca, situada en Bolvax, entre Cieza y Abarán, a fin de pedir el beneficio de la necesaria lluvia. Al norte de la fuente de Bolvax, a un “cuarto de legua” de Cieza, camino del valle de Ricote se encontraba una cruz blanca sobre una peña negra, según aparece en la Descripción y Relación de la villa de Cieza mencionada, realizada en tiempos de Felipe II y a la que ya hemos aludido y que la sitúa del siguiente modo:

En la sierra del Toruedal arriba nombrada en el remate della hazia el poniente que feneçe y en el dicho rrio de Segura que esta enfrente de la dicha çibdad de Catena y viene de hazia el oriente ay otro edificio en ençima de la punta de la dicha sierra que es de argamasa y parece auer seido antiguamente fuerça y debaxo desta fuerça y sierra a la rraiz della junto al dicho rrio naçe vna fuente que se nonbra de Boluas y rriega çiertos heredamientos a ella anexos y el agua que se puede beuer y junto a la dicha fuente a la parte del norte en la ladera de la dicha sierra y edificios ay una penna negra y en ella esta esculpida y puesta vna cruz blanca natural que por ninguna lluuia ny antigüedad ny otro caso sea deshecho a la

qual se van en proçesion para pedir agua con penitentes y a acaesçido nuestro senor darla y venir con ella por particular deuoçion de los vezinos desta villa.

Fray Pasqual Salmerón se mostró asombrado por sus detalles en los que veía un origen divino, señalando que “hay muchos ejemplares en eclesiásticas historias de haber grabado el Supremo Artífice en piedras, y en otras cosas naturales”. La describe del modo siguiente:

Está en la ladera de una montaña sobre una peña de color oscuro; por lo qual sobresale, y campea mas el color blanco de la Cruz, que tendrá de altura mas de dos palmos. El color blanco, mezclado de pintas, y lunares pardos, ó oscuros, se esparce por la peña con diversidad, y variedad, formando distintas labores. Esta variedad de colores, y labores, en las que sobresale, y resalta el color blanco sobre la peña parda, y oscura, causa, y ofrece á la vista varios, y equívocos aspectos; y uno de ellos es el de una Cruz blanca, aunque con alguna confusión, y oscuridad. Porque las labores que su color forma, están divididas, y repartidas de modo, que aunque desigual, y toscamente, hacen dos carreras, ó líneas, una de arriba á baxo, y otra menos, que la atraviese por la parte de arriba.

Juan Gil de Zamora en su obra de *Rebus Hispaniae*, recoge las noticias acerca de que en dicha Ciudad de *Valvas* (refiriéndose a Bolvax) predicó San Segundo, discípulo de Santiago; y que los nuevos cristianos embutieron en una peña negra la Cruz Blanca. Aunque para él se trata de “una equivocación evidente; pues según se puede ver, está formada como natural de los colores que tiene la peña. Y así dichas noticias no tienen el fundamento que pide la historia”.

La cruz ha desaparecido tanto de la memoria de los ciezanos como de su propia geografía.

Bibliografía

- AMEZCUA, Manuel: “Leyendas del tesoro de Sierra Magina”, [www. Cervantesvirtual.com](http://www.Cervantesvirtual.com)
- CEBRIÁN ABELLÁN, Aurelio y CANO VALERO, José: *Relaciones topográficas de los pueblos de los reinos de Murcia*. Murcia, 1992.
- FLORES ARROYUELO, Francisco J.: *El ocaso de la vida tradicional*. Murcia, 1987.
- GÓMEZ CAMACHO, Joaquín: “Mozos y labradores”. En *Revista Murciana de Antropología*, nº 1. Murcia, 1994.
- MOROTE MAGÁN, Pascuala: “Las leyendas y su valor didáctico”. En *Actas XL (AEPE)*. CentroVirtual Cervantes.
- SALMERÓN GIMÉNEZ, Francisco Javier: “Educación, ocio y fiesta”. En *Historia de Cieza*. Volumen IV. Murcia, 2000.
- SALMERÓN GIMÉNEZ, Jesús: *El hijo del hombre que una vez fue propietario de una tienda de muebles metálicos*. Inédito.